

73017/0
RAFAEL ALBERTO ARRIETA

ALMA Y MOMENTO



LA PLATA
TALLERES GRÁFICOS DE JOAQUÍN SESE
1910

A Samuel Gilman (by)

In admirador y ocupante
de letras.

~~P. P. Society~~

311

1/2 post

Sabbata, Aug 9/60

ALMA Y MOMENTO

... iba el peregrino,
tendidas las alas de su pensamiento:
dábale el camino su alma del momento
y él daba el momento de su alma al camino...

EVOCACIÓN

El cuarteto de trémulos violines
va sollozando bajo mi ventana.
Raya el cristal azul de la mañana
la risa alegre de los chiquilines

del barrio que, en patrulla pintoresca,
lanzan al aire su vocinglería.
La calle tiene la policromía
de una festividad arrabalesca.

... ¡ Oh, recuerdo infantil, suave y lejano !

Evoco la charanga discordante
de mi aldea natal. Y los chiquillos

y las cabriolas nuestras. Y el ufano,
barullero temblor del redoblante,
y el rechino triunfal de los platillos...

TODO

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¡Pensar en nada!

— Néctar

de los privilegiados.

Un mundo que se encierra

en un silencio de alma.

(Algo que nunca llega ..

algo que ya llegaba...

algo que ya no era...)

.....

—¿En qué piensas?

—¡En nada!

HABLA EL MAESTRO

A ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Habla el maestro. Su ademán es plástico,
límpida la expresión—hilo de oro,
mórbido el gesto, evocador y elástico,
y la voz, musical—cristal sonoro.

Todo lo abarca bajo la atrevida
parábola de luz de su concepto.
Y al sentar su opinión—fruto de vida,
sienta el punto de apoyo de un precepto.

... Las palabras traviesas le han llevado,
sin presumirlo, hasta el sosegado
rincón de sus afectos personales...

¡Y entonces habla su alma de paloma,
con la elocuencia emocional que asoma
à sus húmedos ojos paternos!

YO ESCRIBÍA MI SUEÑO

Yo escribía... mi sueño, al claror suave
de una luz mortecina.

En el silencio
del cuarto, garraspeaban
la pluma y el volido de un insecto.
Y sobre las paredes en penumbra
se pintaban los muebles y mi cuerpo
con sombras poliformes. La ventana,
de par en par abierta, daba acceso
al plateado saludo de la luna
y á la noche de Enero,
honda de paz. Mirando la campiña,

forjéla lomo formidable y negro
bajo de claro tul—y mar tranquilo
de lechosos vellones—y espejo
ilimitado que, por un fenómeno
de traslación, extraño, reflejara
dulce y plumizo cielo
crepuscular.

Pinchando el horizonte
con sus focos eléctricos,
se denunciaba la ciudad vecina,
parpadeante de luz y de misterio.

Murmurando bajito, entró la brisa
á revolver el haz de mis cabellos
y á refrescar la frente dolorida
de pensar... en un sueño.
Fragmentada y agónica,
la canción gutural del arroyuelo
llegó entonces a mí. Lejanamente,
rasgó los aires la oración de un pecho
inflamado de amor. Y en ese instante,
la fronda tuvo un estremecimiento—
suspiro en el espacio—que llenóme
de aromas y armonías todo el sueño.

Así, sin presumirlo,
por el más caprichoso sortilegio,
todo lo negro de mi noche última
apareció rosado entre mis versos.

De una luz mortecina al claror suave
yo escribía... mi sueño.

GESTO HÍBRIDO

Este viejo mendigo que pasa á paso lento, bajo el prolijo examen de mis observaciones, esgrime un gesto extraño en sus meditaciones que desconcierta el cálculo de todo pensamiento.

Es un gesto enigmático. Es humilde y violento, tiránico y clemente. Descubre rebeliones calladamente íntimas. Y revela atriciones que le azotan el alma con interior tormento.

Pasa y torna. Y lo sigo en idas y venidas.
Y siempre es aquel gesto el de un iconoclasta
y el mansamente débil de las vidas vencidas. . .

¡Oh, gesto indescifrable! Breve gesto de rey.
Gesto de un indomable que reniega su casta.
Gesto de un pobre cura que bendice su grey.

POETA CAMPESINO

Yo estimo á este poeta campesino
libre de escuelas
de neurastenia y de otras cosas graves.
Le enseñaron el ritmo las estrellas.
sabe lenguas de pájaros, descifra
el coloquio del céfiro y la hoja,
y compone canciones muy amables,
acerca del amor de los romeros,
y anuncia en octosílabos pareados.
que más de un almanaque envidiaría,
las lluvias, el ciclón ó las heladas.
Une la utilidad á la belleza.

¡Oh, sus versos, sus versos!

Son dulces y son suaves—miel y seda.

Huelen á fruta, á leche, á queso, á hogaza;

huelen á tierra que volvióse polvo
y amasó luego el chaparrón de una

siesta de Enero; huelen á tomillo;

huelen á moscatel, á pasto tierno;

huelen á viento que viene del monte;

huelen á nido, á paja, á menta, á trébol;
á hoja de eucalipto.

á humo de leña verde,

á res recién carneada,

á espuma de arroyuelo;

huelen á campo...

Versos del campo, versos familiares
que se recitan por las noches, junto

á los leños chisporroteantes, versos

que se consultan como al confesor

ó á la adivina...

Sí, sí, yo estimo

á este poeta

libre de escuelas,

de neurastenia y de otras cosas graves.

LA FLORISTA

Á JUAN MAS Y PL.

En el café lloraban los violines
entre un cascabeleo de cristales.
-- «¿Flores, señor? Hay rosas y jazmines...»
musitaron dos labios musicales.

Hubo en la voz tan íntima dulzura
suavizadora del ofrecimiento,
que alcé la vista hacia la criatura
desde la ausencia de mi pensamiento.

Era una niña blanca, bella y fina
y anémica, como una colombina
de labios rojos y óvalo amarillo...

Y al ofrecerme el precio de su cena,
se fugaron las rosas del cestillo
hacia sus dos mejillas de azucena.

TARDE

Tarde sucia de agosto. La llanura,
como una inmensa sombra, reflejada
en el cristal del cielo. El caserío,
rompiendo el horizonte, es una mancha
que avanza al infinito. Somormuja
su canción indolente entre las zarzas,
debajo de los árboles pelados,
el arroyo de siempre, «hilo de plata»
de todos los paisajes. Y altos, lúgubres,
divisores del negro pentagrama

del espacio, los postes telegráficos
descuellan en la austera pincelada
de la luz mortecina.

La viñeta

subjetiva es como un daguerreotipo
viejo, de la añoranza.

LUZ INTERIOR

Á JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

A paso débil, mecánico,
igual, rítmico por lento,
desfila todas las tardes
bajo mi ventana, el viejo.

Yo no sé quién és; tan solo
le adjudico un nombre: abuelo,
y me consta que al mirar
no ven sus ojillos negros...

Si al levantar la cabeza
miras y no ves el cielo,
¿qué es entonces lo que alegra
y alumbra tu rostro, viejo?

Tienes muertas las retinas,
ventanas de tu cerebro...
¿De dónde viene ese rayo
de sol que te envuelve, abuelo?

(¡Oh, el paisaje introspectivo!
¡Oh, la luz que riela dentro
del corazón! ¡Oh, la rueda
en que tejen los recuerdos!

Las emociones pretéritas
empolvadas de silencio...
Los labios del alma que
la lengua del pensamiento

relame...)

A paso mecánico,
rítmico, desfila, viejo.
¡Ya sé lo que te ilumina
al mirar, sin ver, el cielo!

AMO

J'adore l'indécis, le sons, les
couleurs frêles.

ALBERT SAMAIN.

Amo la hoja desprendida,
por leve, por errante, por sus revoloteos.
Amo el grano de arena
por su insignificancia en el desierto.

Amo la nube, la nube que pasa,
la poliforme nube que ambula.
Amo la ola,
la ola que ruje y que, muriendo, arrulla...

Amo el humo, el humo imperseguido,
el humo que se agranda y que se achica
y va, viene, se enrosca,
se desenreda y se disipa...

Amo lo tenue, lo sutil, lo frágil,
lo evanescente—Ensueño, Lejanía...

CIUDAD Á MEDIA NOCHE

O Strada, adito orrendo
ove aparir deve il dio
ignoto....

D'ANNUNZIO. *Laus Vitæ.*

Desierta y silenciosa.—La recorro
de extremo á extremo
y por todas sus calles y sus plazas,
soledad y silencio.

Es un gigante
rendido por el sueño
y la fatiga diurna.
De trecho en trecho,
un globo plateado
que proyecta un reguero
de luz, en la calzada.

De vez en vez, un rumor leve,—¿el viento?—
un ruido,—¿un coche que se acerca?

Y luego,
por calles y por plazas,
soledad y silencio.

Amor, olvido, odio, risa, llanto...
¿Qué guardan dentro
estos muros en sombra?
Voy caminando y tiemblo.
Apuro el paso y vuelvo la cabeza,
á cada instante, cual si fuera huyendo.
Otro globo plateado. ¿Un rumor leve?
¿Un ruido? ¿Quién se acerca? Nada...

Y luego,
por calles y por plazas,
soledad y silencio.

Arriba... Yo no sé
lo que hay arriba. Negro, todo negro.
Acaso es una boca desdentada
que ha de tragarse al mundo en un momento
sin masticarlo...
Voy caminando y tiemblo.

Una congoja me atormenta. Grito
para librarme de un enorme peso...
¡Y este grito rebota
desde la tierra al cielo
y se queda, vibrante, en el espacio!
Apuro el paso y me acompaña el eco
inapagable de mi voz... ¿Un ruido?
¿Quién me persigue? Corro. Nada...

Y luego,
por calles y por plazas,
soledad y silencio.

Á UN HORTICULTOR

Admiro, algo envidioso, tu paciente y serena
labor, y tus amores por la horticultura.
Gozas, al recorrer los senderos de arena,
contemplando tus plantas, tus flores, la verdura.

Como un rey absoluto vas con tus podaderas
de un árbol á otro árbol, repasando las copas.
Te seduce ese ruido seco de las tijeras
y te ríes si un pincho te desgarrá las ropas.

Haces buenos injertos, cultivas tus rosales
y formas colecciones con amor paternal.
Tiemblas ante las pestes, pensando en tus frutales
que hace tres años fueron víctimas de ese mal.

Andas de un lado á otro con la gran regadera
rociando los arriates y el césped, sin fatiga.
A puntapiés apartas el caracol y fuera
tu existencia más plácida si no hubiese una hormiga.

Hombre meticoloso, respetas al barómetro
y á N.S. la Luna, en sus variaciones.
Por eso tienes exactitudes de cronómetro
en tu vida á través de las cuatro estaciones...

Yo admiro, lo repito, tu paciente y serena
labor, y tus amores por la horticultura.
Eres un buen filósofo. Y tu alma está llena
de fragancia, de sol, de cielo y de frescura.

CANÍCULA

Como una fatigosa pesadumbre
de digestión dispéptica, derrama
el mediodía sobre
el pensamiento. Bajo el sol, la estatua,
tiene una aureola colosal que rompe
los límites estrechos de la plaza.
Intermitentemente reconstruye
sobre el tapete de la sombra grata
su mosaico de oro, el movedizo,
frágil calado de las copas. Rasga,

como un alfilerazo impío, el aire
la nota de los élitros. Y el agua.
salta y puntea su canción monótona
de piedra en piedra, en la marmórea taza.

Arriba el cielo azul, serenamente
azul. Y en el espacio el equilibrio
de dos oscuras, fugitivas alas...

CAMPANAS

Bajo la expectativa de un cielo de topacio,
las campanas afónicas de la aldeana iglesia,
dicen dolientemente su oración al espacio
á lentos intervalos de lamentable amnesia.

La menor, cantarina, tiene el derrumbamiento
de los cómicos viejos que sallozaran mucho.
Y la grave parece que dice en su lamento:
« Yo ya no tengo fuerzas ¡y sin embargo lucho! »

¡Oh! campanas hermanas de la aldea que fuísteis
los clarines del júbilo para la epifanía!

¡Oh, campanas que en toda celebración tuvisteis

los dos tonos más claros de la vocinglería!

El bronce ha enronquecido. Solo os queda el incierto
compás establecido para doblar á muerto...

RECORDANDO

Nostálgico de rostros conocidos
que acompañaron mi niñez, consulto
de tiempo en tiempo,
los familiares álbums que conservan
viejos retratos de amistades nuestras.
De alguna sombra oval que es como una
impresión digital
sobre la cartulina, brota, entonces,
evocadoramente,
á mis ávidos ojos,
la imagen de la dulce
melancolía de unos paternos

que tanto me observaran,
ó la sonrisa de unos labios buenos,
labios de madre para todo niño,
que junto con un beso acariciaban
los míos, tiernos y agradecedores.

Y es una hora íntima,
hora serena de recogimiento,
esta que pasa como una película
impresionada de recuerdos.

Tiene

· cada retrato una actitud, un gesto,
una sonrisa, una mirada, un algo
· que ya vivía en mí, que llevo unido
á la reminiscencia de una acción
ó de un incidente de mi vida.

Y por asociación
de ideas en mi mente,
ante el desfile de estos rostros llego
á recordar con un asombro insólito,
reviviendo el ambiente
donde ese *algo* actuó,
nimios detalles que me dan la clara
percepción de unos días, ya distantes...

OTOÑO

Otoño... Plata en las hojas
que mueren. Cielos de plomo.
Hilazón de lluvias lentas
en el espacio borroso.

Añoranzas. Languideces.
Monotonía. Abandono...
Telones, en cada nube.
que ocultan el sol...

Otoño...
Hasta en la secreta euritmia
de sus tres oes, un tono
gris, somnoliento, una austera
onomatopeya...

Otoño...

Para el poeta que sabe
lo que vale un haz de oro,
motivos oscuros, tristes,—
notas de un canto monótono;

recuerdos de casas viejas;
jardines en abandono;
la muerte de aquel amor
que vivió muriendo...—

Otoño...

¡Y el poeta que no puede
sustraerse de este tono
gris del ambiente!

(¡Oh, la dulce
primavera! aquel tesoro

de juventud que tuvieron
mis ojos y aquellos ojos
con dos gotitas de luz
y dos relámpagos de oro...)

Corazón sentimental:
bajo este cielo de plomo,
¡qué hondo duele tu nostalgia
de golondrina romántica
cruzando un parque de Otoño!

INTERIOR

I

Con color á humildad
con sabor á cariño
vivamos en voz baja

Consejo de la abuela
que tanta cosa, tanta!
ha visto en este mundo.
Vivamos en voz baja.

Puertas adentro, hijos
hogar adentro y alma
adentro también, nietos,
vivamos en voz baja.

Fuera silba la víbora
del pecado y prepara
su lengua ponzoñosa.
Vivamos en voz baja.

Fuera rujen su odio
á la vida, las ánimas
en pena de este suelo.
Vivamos en voz baja.

Fuera baten su envidia
las mal nacidas alas
que á ras de tierra vuelan.
Vivamos en voz baja.

Puertas adentro, hijos,—
hogar adentro y alma
adentro también, nietos;
con olor á ~~la~~ humildad,
con sabor á cariño,
vivamos en voz baja...

II

Recuperemos las fuerzas
con frugalidad, de modo
que no coarte los bríos
la pesadez del estómago.

En esta mesa de pin o
veamos un reposorio:
tregua á que invita, en la marcha,
la placidez del recodo.

Blanco es el mantel; el pan,
producto de nuestro horno...
—Estas legumbres, abuelo,
las cosechamos nosotros.

--La torta de frutas hace
que pequemos de golosos..

—Dulce está el agua.

—Y tan fresca!

—Recién sacada del pozo.

—¡Gracias á la madre tierra
y al sol, buen padre y esposo!

—¡Gracias á Dios! Él conserve
nuestro hogar, que es nuestro oro.

—Pongamos amor, hermanos,
y serenidad, en todo...

—¡Amor y paz! Cada alma
nos ofrezca un reposorio.

III

Sobre las cenizas cálidas
chisporrotean más leños,
y el humo pinta de azul
la pared, el aire, el techo.

En un rincón está el hijo
hecho un ovillo, y los nietos,
lúgubres y silenciosos,
están en redor del fuego...

(Son figuras de Rembrandt —
claroscuros, gris y negro —
visiones que siluetea
el humo nimbo, denso...)

De vez en vez, coartando
la plegaria del silencio,
se abre una puerta que da
á la noche y al desierto,

y entra una enlutada.

(Vienen
con su austeridad, el viento,
que silba fuera su escala,
y el grave aullido de un perro).

Lentamente, como quienes
ya no esperan nada nuevo,
hijo y nietos apartando
van sus cabezas del pecho

y miran á la mujer —
esposa y madre. Silencio.
Ni un monosílabo. Flota
un «más allá» de misterio

que entenebrece las almas
y ahonda dolores viejos...
Un suspiro, nada... vuelven
las cabezas sobre el pecho.

... Y al lado, en la habitación
contigua, está el pobre abuelo,
blanco, frío, rodeado
por ocho velas de sebo...

Nadie lo pensaba. Fué
cosa de pocos momentos.

— « ¿Se siente usted malo? »

— « Sssi.... »

¡Y hubo en casa un hombre menos!

¡Él, que era un roble de fuerte!

¡Él, que era un santo de bueno!

— « Padre, duerma Vd. tranquilo:
tengo el corazón sereno ».

— « Papá mayor, abuelito,
que Dios te guarde en el cielo ».

Y sobre cenizas cálidas
se van quemando más leños...

IV

La sobria gesticulación
del abuelo—¡murió como un bendito!—

está grabada en las paredes grises
del hogar, en la mesa de pino,
en la boca del horno
—y así bendice el pan—
y en el hueco de todos
los corazones que le amaron tanto.

(Sobria, grave, breve
gesticulación.
Clave elocuente
del estado moral de la familia.
Pañuelo para las lágrimas.
Abanico para la risa.
Veto de las ideas
descabelladas, locas.
Lauro de las discretas).

Sobre el apergaminado
rostro yerto,
en la noche más negra
del último invierno,
también grabada estuvo,
como un relieve emotivo
en el friso de un mausoleo.

Todos los hijos la besaron
y con lágrimas tiernas la rociaron
todos los nietos.

Sobria, grave, breve,
á través de la ausencia,
hoy preside la mesa.
Y reprime las impulsiones juveniles
desde la discreción de las ideas.

V

Á MARCELO DEL MAZO.

Roja la lumbre — ¡felices
los que aún conservan leños! —
pinta de rojo las huellas
dolorosas de los gestos.

La abuela, la pobre abuela
que ha resistido el invierno,
dice su oración asmática
y le contestan los nietos.

Se entrechocan las palabras—
dientes flojos, labios nuevos—
El humo irrita los ojos.
Y, fuera, la noche, el viento...

... — « Por todos los que vivían
al amparo de este techo
y se los llevó la dama
toda vestida de negro,

recemos un Padre-Nuestro.

Por todos los que se han ido,
por todos los que se fueron
y nos dejaron la clave
de la oración del silencio,

recemos un Padre-Nuestro.

Por todos los que llevaban
nuestra sangre, por aquellos
que reían nuestra risa
y lloraban nuestro duelo,

recemos un Padre-Nuestro » ...

Calla la voz, y los nietos
lloran sin saber la pena.
Breve silencio—¿un suspiro?—
y la oración se renueva...

—«La noche ha caído ya,
y el viento ruje en las puertas.
Recemos un Padre-Nuestro
por quienes se quedan fuera.

Por el huérfano sin pan;
por las hermanitas nuestras
que venden por esas calles
los besos de su miseria;

por los que en los hospitales
sufren; por quien se lamenta
en el presidio y por las
pobres ánimas en pena.

Niños, rezad; desdichados
los que no tienen abuela

ó madre que los ampare
junto á la lumbre hogareña!»

Los nietos callan y miran,
pensativos, á la hoguera.
¿Será posible que haya
algún niño sin abuela?

¿Cómo es el dolor? ¿Y el hambre?
¿Qué son besos de miseria?
¿Todos los hombres no son
iguales sobre la tierra?

¡Quién sabe los pensamientos
infantiles dónde vuelan!
«Recemos un padre nuestro...»
E inconscientemente rezan.

El viento silba su escala,
los leños chisporrotean...
—¿Dónde está Dios, abuelita?
...Ya se ha dormido la abuela...

RELICARIO

CAUSA

Tuve un sueño rojo.

Tuve un sueño trágico.

Sangre, sangre, sangre..

Desperté azorado.

Y era que me besabas en los párpados.

ROMPE EL SILENCIO

Porque llueve—y la lluvia,
como mil redoblantes diminutos,
repiquetea,
monótona y tenaz, en los cristales;
porque en el cielo,
como en un vaso de agua,
diluyóse el azul; porque no hay sol;
porque los sapos
lanzan su nota de cristal y el viento
gime montado en su escobón de espacio
y me voy sumergiéndome lentamente
en una evocación de días viejos,

de instantes fugitivos,
de cosas ya pasadas que no habrán de volver...
¡habla! ¡ríe! desgarrar
este silencio nuestro,
dí lo que se te ocurra—que es de noche,
que me amas, que no, que acaso un día...
pero ¡habla! Te escucho.
De tí, del aire ¡habla!
Habla, insulta, apostrofa, canta, grita...
¡Y rompe este silencio
que me está consumiendo,
que tanto me separa de tí, de mí, de todo,
lanzándome á un pasado
que, bueno ó malo,
definitivamente ya pasó...

HÁCIA LA AUSENCIA

Tu mano yerta por la mía opresa
tuvo un efímero resurgimiento,
y tu voz la agonía de un lamento
musitando la última promesa.

Luego miraste en derredor con esa
vaga mirada del presentimiento,
y las pupilas, en un vuelo lento,
pobláronte los ojos de tristeza...

Aullando de tal modo que fingía
cargar todo el dolor del alma mía
se predispuso hacia la ausencia el tren.

¡Y flotó ante mis ojos tu pañuelo
como una mariposa hecha un anhelo
para llenar de luz todo el andén!...

TRANSFUSIÓN

En la terraza. Noche.
Abajo la campiña
silenciosa. La luna
y las estrellas de marfil, arriba.

Sentado en un extremo
te contemplaba andar. Ibas, venías.
Luego, de codos en la balaustrada...
En verdad: tuve celos
de la campiña.

¡Emoción de la noche!
Llegué á olvidarte. Y tú, ibas, venías...
Una estrella temblaba
frente á mí; una estrella
bajita.

No recuerdo por qué; pero es lo cierto
que el miosotís de plata de mi amiga
celeste, me alejaba
de tu presencia. Y tú, ibas, venías...

Acertaste de pronto
á pasar frente á ella. La cubrías,
la ocultaba tu cuerpo totalmente...
Soñé una transfusión.
Y—¡oh, magia de la noche diamantina!—
me dirijí hacia tí, pensando en ella,
con un ávido abrazo de conquista.

EL NIDO

Dama, damita, los hombres,
los hombres graves, los prácticos,
van barriendo el amor de los caminos.
Formemos nuestro nido.

Tendrá las persianas verdes,
tendrá las paredes blancas
y todo estará claro, alegre, limpio.
Formemos nuestro nido.

¿Jardín? También lo tendremos.
Sombra azul, canción de oro...
¡Oh! será un delicioso rinconcito!
Formemos nuestro nido.

Hemos de ser muy felices.
Reflorecerá el idilio...
(Todo, hasta que los hombres no nos echen
al ver un buen negocio en nuestro nido)

CREPUSCULAR

En la desolación de aquella lenta
tarde otoñal que se manchó de estaño;
mientras tornaba un mísero rebaño
blanqueando la llanura cenicienta

y orquestaban la agreste sinfonía
el rabel de los sapos y el lamento
del arroyo y del viento
con suaves notas de melancolía...—

te conté mi dolor, el más secreto,
herida rencorosa de estileto
abierta por la hoja de tu engaño...

¡Y rebotó tu risa, en doble afrenta,
como una rebelión bajo la lenta
tarde otoñal que se manchó de estaño!

PELÍCULA

Unidos
por el acaso y por la primavera,
cruzamos la penumbra
y la serenidad de la calleja.
Era al caer de una rosada tarde.
Una tarde...

¿Recuerdas?

Por el cinematógrafo
de mi memoria pasan las primeras
estrellas encendidas, parpadeantes

como pupilas lúbricas; la hilera,
ondulada y llorosa,
de las luces eléctricas;
la canción desgarrada de un pianillo
de manubrio, sobre alguna vereda;
la risa de un chiquillo; los coloquios
de amor en el regazo de las puertas;
el aroma sutil
de las enredaderas
de algunas tapias
viejas.
y el monótono diálogo
de las roncadas campanas de una iglesia,
volcando ante la noche
la protesta
de su vocinglería amortiguada
por la oración...

Era al caer de una rosada tarde.

Una tarde...

¿Recuerdas?

MOMENTO

Fuera el diálogo suave de la hoja y el viento...
El grato somormujo del arroyo... El lamento
retórico de una copla aldeana... La nota
chirriante y monocorde de los élitros, rota
por el rabel de un sapo, de vez en vez... La onda
de aroma y de armonía, suspiro de la fronda...
El gemido atronante de un pedregal lejano
bajo llantas crueles...

Y ese gran rumor vano
compuesto de mil voces como una sola voz,—
la voz—dijiste quedo—con que nos habla Dios...

Y dentro, en tu salita, nuestras almas abiertas
al jardín y á la noche y al amor... Las inciertas
sombras desdibujando con armas silenciosas
de esfumación, el fijo contorno de las cosas...
Tu susurro orquestal... Y mis dolientes versos,
como pájaros tímidos, en las sombras dispersos...
El tic-tac de un reloj marcando el compás vivo
de nuestros corazones...

Y un algo redivivo
entre tú y yo...

Y un hondo sollozo contenido
en nuestras almas frente á todo lo perdido...
á todo lo soñado que nunca llegó á ser...
á toda aquella vida que no ha de renacer...

SALMO DE AMOR

Alabada, amada, seas,
seas alabado, amor,
tú, la copa que le ofreces,
tú, el que la llenas, licor.

Puse mis labios sedientos
en el borde del cristal.
Y bebí una estrella errante
que fijé en el paladar.

Bendígate el sol, amada,
la tierra bendígate.
Bendiciones sobre tí
le pluga al cielo llover.

El viento movió las ramas
del árbol que estaba en flor:
cayeron todas las flores
y el viento se perfumó.

Fuiste misericordiosa:
tuyo es todo mi querer.
Bendígate el Hombre, amada,
el mundo bendígate.

INSTANTE SUPREMO

Breve, fugaz—
por indeterminado—fué el momento.
A falta de palabras elocuentes,
dos corazones palpitaban llenos
de un inefable
material de emoción. Se hizo el silencio.
Y el silencio de amor es como un puente
de palabra á palabra, que los gestos
y las miradas hondas
y los suspiros tenues, cruzan. Tengo
muy respetable
veneración por él. Se hizo el silencio...

Con lentejuelas
de una palabrería que respeto
en horas de locura y risa, ella
quiso llenar de luz todo el momento.
Pero el momento de la felicidad,
para ser hondo, ha menester silencio...
Puse mis manos,
trémulamente, sobre el gran secreto
de sus labios muy míos. Calló entonces,
discreta, no ofendida. Hubo un ceceo
de abanico... Y así,
elocuente y locuaz, labios adentro,
atravesé el espacio de un minuto
sobre las alas de sus ojos negros...

OBSESIÓN

Basta que sean tuyos—un detalle
del vestido, una flor, una palabra,
un gesto—un gesto inevitablemente
pierrotesco—me obsedan y me embargan.

Hilos de ensueño
bajo la seda de tus manos—¿blancas?
temo la impropiedad del adjetivo
para calificarlas —
la red de culebrillas
azules de tus venas, se destaca.

Red sin complicaciones, sencillísima,
en un fugaz esfuerzo pronunciada.
Venas... venas como todas las venas
bajo la seda de una mano—¿blanca?—
Pero he aquí—¿romanticismo?—el caso
de todos los momentos: por ser tuyas
me preocupan, me obsedan y me embargan...

Con toda indiscreción se cuele el oro
del sol, por las persianas.
Sobre el granate de la alfombra pone
su alegre franja.
En las paredes brevemente esboza
una auriflcación lineal. Resbala
luego, despacio, con delicadeza
hacia el teclado, hacia
la cabellera armónica y marfilica
que tú, soñando con Chopin, repasas,
y sorprende una mano—
¿marfilica y armónica?—que arranca
grave y solemne acorde en que palpita
toda la inspiración que lo creara...

Bajo la seda de la mano he visto
la red de culebrillas
en un fugaz esfuerzo pronunciada...

EN LA TARDE INVERNAL

I

En la tarde invernal, la displicente
tarde de la atonía y del ensueño.
Tras los cristales, el amable ambiente
donde crepita, halagador, el leño.

Van cayendo las horas lentamente
como en una jornada sin empeño.
Y estamos silenciosos. Levemente
has arrugado el ceño...

Monótona y tenaz, repiquetea
la lluvia. Una influencia de morfina
flota en el aire tibio. Extraña idea,

como el agua, implacable. te domina...
Tu fantasía de mujer plantea
la loca fuga de una golondrina.

II

Observo en tí como una irreverente
usurpación de la melancolía.
¿Es una esfumación de lejanía
la que ahonda el misterio de tu frente?

En tus vagas pupilas se presiente
el galope triunfal de la locura,
y el descuido sensual de tu postura
habla de un alma casi toda ausente.

En Pegaso quimérico montada,
diseñas sobre plano imaginario
antojadizas rutas...

¡Ay, de tus viajes, alma enamorada!
La vida esparcirá su itinerario
como el viento un puñado de virutas...

III

Blanda canción serena
y humilde de la lluvia suavecita,—
con esa suavidad de una hermanita
que nos cerrara el cauce de una pena...

Monótona balada
en la tarde invernal de las consejas
y del recuerdo de las cosas viejas
y del placer de no pensar en nada...

El agua regurgita en los canales
y llama quedamente en los cristales
descifrando su tema gutural.

Lloran, intercadentes, las goteras...
Rompe el silencio, díme lo que quieras,
¡este silencio me hace tanto mal!

IV

Interrogo y openes
tu inmutabilidad á mi deseo.
En toda tí, como en mí mismo, leo
ese prefacio de las decisiones...

¡Oh, la inquietud mental! ¡Oh, la sabrosa
inquietud del ensueño que se vive!...
Mi corazón sediento la revive
ante tu algarabía silenciosa.

Vuelos sin rumbo, fugas al acaso,
parábolas de luz, gratos paisajes
en una imprecisión de lontananza...

Y ante la realidad, bajo el hondazo
que finaliza nuestros locos viajes,
la decepción y la desesperanza...

V

... Y en un despertamiento silencioso
has vuelto al horizonte de mis brazos,
buscando el panorama del reposo
entre la realidad de mis abrazos.

Tu cabecita loca, como un ave
que se fugó del nido y vuelve al nido,
tiene en mis manos el refugio suave
donde soñar con todo lo perdido...

Destruye tu país imaginario.
¡Será una eternidad de primaveras
la reconquista de tu corazón!

(La lluvia es un sudario
que tejen las viajeras
nubes, que pasan como una ilusión...)

FINAL

Mi alma ha sido el azogue,
la imagen, el momento...
Eso es todo: figuras
á través de un espejo.

El paisaje, el amor,
la idea y el ensueño...
Todas flores cortadas
al margen del sendero.

Es mi verdad poética.
Válgame lo sincero...
Fué de excursión el alma:
la enamoró el momento.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
. . . iba el peregrino	7
Evocación	9
Todo	11
Habla el Maestro.	13
Yo escribía mi sueño	15
Gesto híbrido	19
Poeta campesino.	21
La Florista	23
Tarde	25
Luz interior.	27
Amo	29
Ciudad á media noche.	31
A un horticultor	35
Canícula	37
Campanas	39
Recordando.	41
Otoño	43
INTERIOR.	49
RELICARIO	
Causa	63
Rompe el silencio	65
Hacia la ausencia	67

Transfusión.	69
El nido	71
Crepuscular.	73
Película	75
Momento.	77
Salmo de amor	79
Instante supremo.	81
Obsesión.	83
En la tarde invernal	87
FINAL	93

ERRATAS

Pág. 39, verso 6. debe decir:

de los cómicos viejos que sollozaran mucho.

Pág. 49, verso 1, debe decir:

Con olor á humildad,

Pág. 50, verso 16, debe decir:

con olor á humildad.

Si otros errores se hubieran deslizado, sálvelos
el buen criterio del lector.

doctor Manuel Gilvez, poeta
quien debe horas de su
existencia en compañeros
amigos

Rafael Alberto Acuña

Juven Rivera, Primer secretario